

Sigmund Freud

La interpretación de los sueños, 1



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Traumdeutung*
Traducción de: Luis López-Ballesteros y de Torres

Primera edición: 1966
Tercera edición: 2011
Décima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7434-6 (Tomo 1)
ISBN: 978-84-206-9073-5 (Obra completa)
Depósito legal: B. 41.903-2010
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota del editor

La interpretación de los sueños

- 15 1. La literatura científica sobre los problemas oníricos
 - 21 a) Relación del sueño con la vida despierta
 - 26 b) El material onírico. La memoria en el sueño
 - 39 c) Estímulos y fuentes de los sueños
 - 66 d) ¿Por qué olvidamos al despertar nuestros sueños?
 - 71 e) Las peculiaridades psicológicas del sueño
 - 91 f) Los sentimientos éticos en el sueño
 - 102 g) Teorías oníricas y función del sueño
 - 119 h) Relaciones entre el sueño y las enfermedades mentales
- 124 Apéndice (1909)
- 127 Apéndice (1914)

- 128 2. El método de la interpretación onírica
 - 128 a) Ejemplo de análisis de un sueño
 - 138 b) Información preliminar
 - 139 c) Sueño del 23-24 de julio de 1895
 - 141 d) Análisis

158	3.	El sueño es una realización de deseos
170	4.	La deformación onírica
173	a)	Información preliminar
184	b)	Análisis
203	5.	Material y fuentes de los sueños
204	a)	Lo reciente y lo indiferente en el sueño
230	b)	Lo infantil como fuente onírica
265	c)	Las fuentes oníricas somáticas
291	d)	Sueños típicos
292	e)	El sueño de avergonzamiento ante la propia desnudez
300	f)	Sueño de la muerte de personas queridas
327	g)	El sueño de examen
331	6.	La elaboración onírica
333	a)	La labor de condensación
362	b)	El proceso de desplazamiento
367	c)	Los medios de representación del sueño
403		Notas

Nota del editor

Desde que en 1966 Alianza Editorial publicara por primera vez en la colección El libro de bolsillo y repartida en tres volúmenes *La interpretación de los sueños*, el contenido del libro adoptó unas características peculiares. Así, como primer capítulo figuró, y ha seguido haciéndolo a lo largo de estos años, lo que en realidad fue un trabajo ligeramente posterior de Sigmund Freud y de índole más divulgativa titulado «Los sueños», y como capítulo 9 se incluían los «apéndices» que el Dr. Otto Rank escribiera referidos al capítulo 6 de *La interpretación de los sueños* titulado «La elaboración onírica».

Hoy, más de cuatro decenios después, y en una sociedad notablemente distinta en todos los órdenes de la existencia, en la que la obra freudiana goza de un conocimiento mayor y más sólido gracias en parte al esfuerzo emprendido en su día por Alianza Editorial para divulgarla, creemos llegada la hora de ofrecer en nuestra colección esta obra fundamental restituida en su forma original y tal como se presen-

ta tanto en las obras completas del padre de la Psicología como en las ediciones canónicas de otros países, al tiempo que reducida de tres a dos volúmenes.

De este modo, y teniendo presente no obstante el deseo de no hurtar al lector los contenidos que hemos venido ofreciendo, el ensayo «Los sueños» –pieza complementaria e importante en el trabajo de Freud relacionado con el campo onírico– se desplaza al segundo volumen como obra independiente. También se separan del cuerpo del texto, devolviéndoles su propia naturaleza, los «apéndices» de Rank, ya que en puridad ni son obra de Freud ni figuraron insertos más que en unas pocas ediciones en alemán de *La interpretación de los sueños*.

Esperamos con estos cambios proporcionar a nuestro lector una aproximación más exacta a esta obra fundamental para el desarrollo y la comprensión del mundo actual.

Unas palabras del Dr. Freud sobre la versión al castellano de sus *Obras Completas*:

Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres:

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *Don Quijote* en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora –ya en edad avanzada– comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo, no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión, ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

Freud

Viena, 7 de mayo de 1923

La interpretación de los sueños

Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo

1. La literatura científica sobre los problemas oníricos¹

En las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños, y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido, al que puede asignarse un lugar perfectamente determinado en la actividad anímica de la vida despierta. Además, intentaré esclarecer los procesos de los que depende la singular e impenetrable apariencia de los sueños y deducir de dichos procesos una conclusión sobre la naturaleza de aquellas fuerzas psíquicas de cuya acción conjunta u opuesta surge el fenómeno onírico. Conseguido esto daré por terminada mi exposición, pues habré llegado en ella al punto en el que el problema de los sueños desemboca en otros más amplios, cuya solución ha de buscarse por el examen de un distinto material.

Si comienzo por exponer aquí una visión de conjunto de la literatura existente hasta el momento sobre los sueños y del estado científico actual de los problemas oníricos ello

obedece a que en el curso de mi estudio no se me han de presentar muchas ocasiones de volver sobre tales materias. La comprensión científica de los sueños no ha realizado en más de diez siglos sino escasísimos progresos; circunstancia tan generalmente reconocida por todos los que de este tema se han ocupado que me parece inútil citar aquí al detalle opiniones aisladas. En la literatura onírica hallamos gran cantidad de sugestivas observaciones y un rico e interesantísimo material relativo al objeto de nuestro estudio, pero, en cambio, nada o muy poco que se refiera a la esencia de los sueños o resuelva definitivamente el enigma que los mismos nos plantean. Como es lógico, el conocimiento que de esas cuestiones ha pasado al núcleo general de hombres cultos, pero no dedicados a la investigación científica, resulta aún más incompleto.

Cuál fue la concepción que en los primeros tiempos de la Humanidad se formaron de los sueños los pueblos primitivos, y qué influencia ejerció el fenómeno onírico en su comprensión del mundo y del alma, son cuestiones de tan alto interés, que sólo obligadamente y a disgusto me he decidido a excluir su estudio del conjunto del presente trabajo y a limitarme a remitir al lector a las conocidas obras de sir J. Lubbock, H. Spencer, E. B. Taylor y otros, añadiendo únicamente por mi cuenta que el alcance de estos problemas y especulaciones no podrá ofrecérsenos comprensible hasta después de haber llevado a buen término la labor que aquí nos hemos marcado, o sea, la de «interpretación de los sueños».

Un eco de la primitiva concepción de los sueños se nos muestra indudablemente como base de la idea que de ellos se formaban los pueblos de la antigüedad clásica². Admitían éstos que los sueños se hallaban en relación con el

mundo de seres sobrehumanos de su mitología, y traían consigo revelaciones divinas o demoniacas poseyendo, además, una determinada intención muy importante con respecto al sujeto: generalmente, la de anunciarle el porvenir. De todos modos, la extraordinaria variedad de su contenido y de la impresión por ellos producida hacía muy difícil llegar a establecer una concepción unitaria, y obligó a constituir múltiples diferenciaciones y agrupaciones de los sueños, conforme a su valor y autenticidad. Naturalmente, la opinión de los filósofos antiguos sobre el fenómeno onírico hubo de depender de la importancia que cada uno de ellos concedía a la adivinación.

En los dos estudios que Aristóteles consagra a esta materia pasan ya los sueños a constituir objeto de la Psicología. No son de naturaleza divina, sino demoniaca, pues la Naturaleza es demoniaca y no divina; o dicho de otro modo: no corresponden a una revelación sobrenatural, sino que obedecen a leyes de nuestro espíritu humano, aunque desde luego participante a la divinidad. Los sueños quedan así definidos como la actividad anímica del durmiente durante el estado de reposo³.

Aristóteles muestra conocer algunos de los caracteres de la vida onírica. Así, el de que los sueños amplían los pequeños estímulos percibidos durante el estado de reposo («una insignificante elevación de temperatura en uno de nuestros miembros nos hace creer en el sueño que andamos a través de las llamas y sufrimos un ardiente calor»), y deduce de esta circunstancia la conclusión de que los sueños pueden muy bien revelar al médico los primeros indicios de una naciente alteración física, no advertida durante el día⁴.

Los autores antiguos anteriores a Aristóteles no consideraban el sueño como un producto del alma soñadora, sino

como una inspiración de los dioses, y señalaban ya en ellos las dos corrientes contrarias que habremos de hallar siempre en la estimación de la vida onírica. Se distinguían dos especies de sueños: los verdaderos y valiosos, enviados al durmiente a título de advertencia o revelación del porvenir, y los vanos, engañosos y fútiles, cuyo propósito era desorientar al sujeto o causar su perdición.

Gruppe (*Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, pág. 390) reproduce una tal división de los sueños, tomándola de Macrobio y Artemidoro: «Dividíanse los sueños en dos clases. A la primera, influida tan sólo por el presente (o el pasado), y falta, en cambio, de significación con respecto al porvenir, pertenecían los ἐνύπνια, *insomnia*, que reproducen inmediatamente la representación dada o su contraria; por ejemplo, el hambre o su satisfacción, y los φανασματτα, que amplían fantásticamente la representación dada; por ejemplo, la pesadilla, *ephialtes*. La segunda era considerada como determinante del porvenir, y en ella se incluían: 1.º el oráculo directo, recibido en el sueño (κορηματισμύ, *oraculum*); 2.º la predicción de un suceso futuro (ὄραμα, *visio*), y 3.º el sueño simbólico, necesidad de interpretación (ὄνειροδ, *somnium*). Esta teoría se ha mantenido en vigor durante muchos siglos».

De esta diversa estimación de los sueños surgió la necesidad de una «interpretación onírica». Considerándolos en general como fuentes de importantísimas revelaciones, pero no siendo posible lograr una inmediata comprensión de todos y cada uno de ellos, ni tampoco saber si un determinado sueño incomprensible entrañaba o no algo importante, tenía que nacer el impulso o hallar un medio de sustituir su contenido incomprensible por otro inteligible y pleno de sentido. Durante toda la antigüedad se consideró

como máxima autoridad en la interpretación de los sueños a Artemidoro de Dalcis, cuya extensa obra, conservada hasta nuestros días, nos compensa de las muchas otras del mismo contenido que se han perdido⁵.

La concepción precientífica de los antiguos sobre los sueños se hallaba seguramente de completo acuerdo con su total concepción del Universo, en la que acostumbraban proyectar como realidad en el mundo exterior aquello que sólo dentro de la vida anímica la poseía. Esta concepción del fenómeno onírico tomaba, además, en cuenta la impresión que la vida despierta recibe del recuerdo que del sueño perdura por la mañana, pues en este recuerdo aparece el sueño en oposición al contenido psíquico restante, como algo ajeno a nosotros y procedente de un mundo distinto. Sería, sin embargo, equivocado suponer que esta teoría del origen sobrenatural de los sueños carece ya de partidarios en nuestros días. Haciendo abstracción de los escritores místicos y piadosos –que obran consecuentemente, defendiendo los últimos reductos de lo sobrenatural hasta que los procesos científicos consigan desalojarlos de ellos–, hallamos todavía hombres de sutil ingenio, e inclinados a todo lo extraordinario, que intentan apoyar precisamente en la insolubilidad del enigma de los sueños su fe religiosa en la existencia y la intervención de fuerzas espirituales sobrehumanas (Haffner). La valoración dada a la vida onírica por algunas escuelas filosóficas –así la de Schelling– es un claro eco del origen divino que en la antigüedad se reconocía a los sueños. Tampoco la discusión sobre el poder adivinatorio y revelador del porvenir atribuido a los sueños puede considerarse terminada, pues, no obstante la inequívoca inclinación del pensamiento científico a rechazar la hipótesis afirmativa, las tentativas de hallar una explicación psicológica valedera

para todo el considerable material reunido no han permitido establecer aún una conclusión definitiva.

La dificultad de escribir una historia de nuestro conocimiento científico de los problemas oníricos estriba en que, por valioso que el mismo haya llegado a ser con respecto a algunos extremos, no ha realizado progreso alguno en determinadas direcciones. Por otro lado, tampoco se ha conseguido establecer una firme base de resultados indiscutibles sobre la que otros investigadores pudieran seguir construyendo, sino que cada autor ha comenzado de nuevo y desde el origen el estudio de los mismos problemas. De este modo, si quisiera atenerme al orden cronológico de los autores y exponer sintéticamente las opiniones de cada uno de ellos, tendría que renunciar a ofrecer al lector un claro cuadro de conjunto del estado actual del conocimiento de los sueños, y, por tanto, he preferido adaptar mi exposición a los temas y no a los autores, indicando en el estudio de cada uno de los problemas oníricos el material que para la solución del mismo podemos hallar en obras anteriores. Sin embargo, y dado que no me ha sido posible dominar toda la literatura existente sobre esta materia —literatura en extremo dispersa, y que se extiende muchas veces a objetos muy distintos—, he de rogar al lector se dé por satisfecho, con la seguridad de que ningún hecho fundamental ni ningún punto de vista importante dejarán de ser consignados en mi exposición.

Hasta hace poco se han visto impulsados casi todos los autores a tratar conjuntamente el estado de reposo y de los sueños, así como a agregar al estudio de estos últimos el de estados y fenómenos análogos, pertenecientes ya a los dominios de la Psicopatología (anulaciones, visiones, etc.). En cambio, en los trabajos más modernos aparece una ten-

dencia a seleccionar un tema restringido, y no tomar como objeto sino uno solo de los muchos problemas de la vida onírica; transformación en la que quisiéramos ver una expresión del convencimiento de que en problemas tan oscuros sólo por medio de una serie de investigaciones de detalle puede llegarse a un esclarecimiento y a un acuerdo definitivos. Una de tales investigaciones parciales y de naturaleza especialmente psicológica es lo que aquí me propongo ofrecer. No habiendo tenido gran ocasión de ocuparme del problema del estado de reposo –problema esencialmente fisiológico, aunque en la característica de dicho estado tenga que hallarse contenida la transformación de las condiciones de funcionamiento del aparato anímico–, quedará desde luego descartada de mi exposición la literatura existente sobre tal problema.

El interés científico por los problemas oníricos en sí conduce a las interrogaciones que siguen, interdependientes en parte:

a) Relación del sueño con la vida despierta

El ingenuo juicio del individuo despierto acepta que el sueño, aunque ya no de origen extraterreno, sí ha raptado al durmiente a otro mundo distinto. El viejo fisiólogo Burdach, al que debemos una concienzuda y sutil descripción de los problemas oníricos, ha expresado esta convicción en una frase, muy citada y conocida (pág. 474): «... nunca se repite la vida diurna, con sus trabajos y placeres, sus alegrías y dolores; por lo contrario, tiende el sueño a libertarnos de ella. Aun en aquellos momentos en que toda nuestra alma se halla saturada por un objeto, en que un profundo

dolor desgarrar nuestra vida interior, o una labor acapara todas nuestras fuerzas espirituales, nos da el sueño algo totalmente ajeno a nuestra situación; no toma para sus combinaciones sino significantes fragmentos de la realidad, o se limita a adquirir el tono de nuestro estado de ánimo y simboliza las circunstancias reales». J. H. Fichte (1-541) habla en el mismo sentido de *sueño de complemento* (*Ergaenzungstraüme*) y lo considera como uno de los secretos benéficos de la Naturaleza, autocurativa del espíritu. Análogamente se expresa también L. Struempell en su estudio sobre la naturaleza y génesis de los sueños (pág. 16), obra que goza justamente de un general renombre: «El sujeto que sueña vuelve la espalda al mundo de la conciencia despierta...». «En el sueño perdemos por completo la memoria con respecto al ordenado contenido de la conciencia despierta y de su funcionamiento normal...» (pág. 17). «La separación, casi desprovista de recuerdo, que en los sueños se establece entre el alma y el contenido y el curso regulares de la vida despierta...» (pág. 19).

La inmensa mayoría de los autores concibe, sin embargo, la relación de sueños con la vida despierta en una forma totalmente opuesta. Así, Haffner (pág. 19): «Al principio continúa el sueño la vida despierta. Nuestros sueños se agregan siempre a las representaciones que poco antes han residido en la conciencia, y una cuidadosa observación encontrará casi siempre el hilo que los enlaza a los sucesos del día anterior». Weygandt (pág. 6) contradice directamente la afirmación de Burdach antes citada, pues observa que «la mayoría de los sueños nos conducen de nuevo a la vida ordinaria en vez de libertarnos de ella». Maury (pág. 56) dice en una sintética fórmula: «Nous rêvons de ce que nous avons vu, dit, désiré ou fait», y Jessen, en su *Psicología*

(1855, pág. 530), manifiesta, algo más ampliamente: «En mayor o menor grado, el contenido de los sueños queda siempre determinado por la personalidad individual, por la edad, el sexo, la posición, el grado de cultura y el género de vida habitual del sujeto, y por los sucesos y enseñanzas de su pasado individual».

El filósofo I. G. E. Maass (*Sobre las pasiones*, 1805) es quien adopta con respecto a esta cuestión una actitud más inequívoca: «La experiencia confirma nuestra afirmación de que el contenido más frecuente de nuestros sueños se halla constituido por aquellos objetos sobre los que recaen nuestras más ardientes pasiones. Esto nos muestra que nuestras pasiones tienen que poseer una influencia sobre la génesis de nuestros sueños. El ambicioso sueña con los laureles alcanzados (quizá tan sólo en su imaginación) o por alcanzar, y el enamorado, con el objeto de sus tiernas esperanzas... Todas las ansias o repulsas sexuales que dormitan en nuestro corazón pueden motivar, cuando son estimuladas por una razón cualquiera, la génesis de un sueño compuesto por las representaciones a ellas asociadas, o la intercalación de dichas representaciones en un sueño ya formado...». (Comunicado por Winterstein en la *Zbl. für Psychoanalyse*.)

Idénticamente opinaban los antiguos sobre la relación de dependencia existente entre el contenido del sueño y la vida. Radestock (pág. 139) nos cita el siguiente hecho: «Cuando Jerjes, antes de su campaña contra Grecia, se veía disuadido de sus propósitos bélicos por sus consejeros, y, en cambio, impulsado a realizarlos por continuos sueños alentadores, Artabanos, el racional onirocrítico persa, le advirtió ya acertadamente que las visiones de los sueños contenían casi siempre lo que el sujeto pensaba en la vida despierta».

En el poema didáctico de Lucrecio titulado *De rerum natura* hallamos los siguientes versos (IV, v. 959):

*Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret,
aut quibus in rebus multum summus ante morati
atque in ea ratione fut contenta megis mens,
in somnis eadem plerumque videmur obire;
causidice causas agere et componere leges,
induperatores pugnare ac proelia obire, etc.*

Y Cicerón (*De Divinatione*, II), anticipándose en muchos siglos a Maury, escribe: «Maximeque reliquiae earum rerum moventur in animis et agitantur, de quibus vigilantes aut cogitavimus aut egimus».

La manifiesta contradicción en que se hallan estas dos opiniones sobre la relación de la vida onírica con la vida despierta parece realmente inconciliable. Será, pues, oportuno recordar aquí las teorías de F. W. Hildebrandt (1875), según el cual las peculiaridades del sueño no pueden ser descritas sino por medio de «una serie de antítesis que llegan aparentemente hasta la contradicción» (pág. 8). «La primera de estas antítesis queda constituida por la separación rigurosísima y la indiscutible íntima dependencia que simultáneamente observamos entre los sueños y la vida despierta. El sueño es algo totalmente ajeno a la realidad vivida en estado de vigilancia. Podríamos decir que constituye una existencia aparte, herméticamente encerrada en sí misma y separada de la vida real por un infranqueable abismo. Nos aparta de la realidad; extingue en nosotros el normal recuerdo de la misma y nos sitúa en un mundo distinto y una historia vital por completo diferente, exenta en el fondo de todo punto de contacto con lo real...» A continuación ex-

pone Hildebrandt cómo al dormirnos desaparece todo nuestro ser con todas sus formas de existencia. Entonces hacemos, por ejemplo, en sueños, un viaje a Santa Elena para ofrecer al cautivo emperador Napoleón una excelente marca de vinos del Mosela. Somos recibidos amabilísimamente por el desterrado, y casi sentimos que el despertar venga a interrumpir aquellas interesantes ilusiones. Una vez despiertos comparamos la situación onírica con la realidad. No hemos sido nunca comerciantes en vinos, ni siquiera hemos pensado en dedicarnos a tal actividad. Tampoco hemos realizado jamás una travesía, y si hubiéramos de emprenderla no elegiríamos seguramente Santa Elena como fin de la misma. Napoleón no nos inspira simpatía alguna, sino, al contrario, una patriótica aversión. Por último, cuando Bonaparte murió en el destierro no habíamos nacido aún, y, por tanto, no existe posibilidad alguna de suponer una relación personal. De este modo, nuestras aventuras oníricas se nos muestran como algo ajeno a nosotros, intercalado entre dos fragmentos homogéneos y subsiguientes de nuestra vida.

«Y, sin embargo –prosigue Hildebrandt–, lo aparentemente contrario es igualmente cierto y verdadero. Quiero decir que simultáneamente a esta separación existe una íntima relación. Podemos incluso afirmar que, por extraño que sea lo que el sueño nos ofrezca, ha tomado él mismo sus materiales de la realidad y de la vida espiritual que en torno a esta realidad se desarrolla... Por singulares que sean sus formaciones, no puede hacerse independiente del mundo real, y todas sus creaciones, tanto las más sublimes como las más ridículas, tienen siempre que tomar su tema fundamental de aquello que en el mundo sensorial ha aparecido ante nuestros ojos o ha encontrado en una forma cualquiera un lugar en nuestro